

RAÚL CERDEIRAS

1. El pensamiento postmoderno tiene una existencia real en nuestra cultura, pero eso no significa que haya alcanzado la jerarquía de un pensamiento **filosófico** con entidad propia. El rasgo principal que lo define es su trabajo de de-construcción de las categorías de la modernidad. Sin embargo, al no poder construir otro pensamiento acerca de cuestiones tales como el ser, la verdad, o el sujeto, queda prisionero de la esencia más íntima de la modernidad. En consecuencia, la postmodernidad no es otra cosa que la forma que toma el ocaso de la modernidad, y cumple la función de realizar, bajo la forma de su negación, su espíritu más profundo.

2. Si concebimos la política como un pensamiento y una práctica de emancipación que es autónoma e imposible de ser reducida a otras esferas, entonces tenemos que afirmar que existen **invenciones** de la política, esto es, modos históricos de plantear la experiencia política. El colapso de los fundamentos de la modernidad no sólo decreta la clausura de la última gran invención de la política, el marxismo, sino también de todas las otras experiencias que aspiraron a constituirse como tales desde la Revolución Francesa. Por lo tanto, hoy asistimos a una historia sin política inventada.

La nueva racionalidad (paradojal) que ha ido produciendo este siglo, así como una nueva concepción del sujeto (inconsciente), muestran la posibilidad de una experiencia inédita de la política, que no se base en el saber acerca de lo posible, ya que sobre tales certezas no hay lugar sino para una actividad “política” puramente gestonaria, que es la negación de toda política digna de tal nombre.

3. Los medios de comunicación vienen a dar forma al núcleo central de la modernidad: la relación sujeto-objeto. El mundo como espectáculo transforma al sujeto en espectador y al objeto en imagen, desactivando toda posibilidad de una decisión creadora. La cultura de la imagen paraliza el pensamiento y reduce los hombres y mujeres a la pasividad. Además, cumple con la idea postmoderna de disolver todas las diferencias mostrándolas como equivalentes. El mundo de la imagen y el discurso periodístico están en una retroalimentación con el sentido común, llenando el espacio dejado por la desaparición de la política. Hablando todo el tiempo de “política” impide justamente que circule la política. Su hegemonía es la señal más acabada de la pobreza en que ha caído nuestra cultura.